



## Relatos de la “*Sīrat al-thāhir Baïbars*”



# X – El juicio al monje maldito

## 18 – El mágico baúl sanador

Edición y traducción para [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)  
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos  
Fecha de Publicación: 2022  
Número de páginas:  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

**Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.**  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



### Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)  
[info@cedcs.eu](mailto:info@cedcs.eu)

## X. 18 – El mágico baúl sanador



**S**hîha, después de estar un buen rato buscando el cuerpo de Edamor, y desesperando ya de poder encontrarle, regresó al convento abandonado para ocuparse de Ibrahim, y, sacando de su bolsillo una brizna de algodón, se la puso bajo la nariz y delante de la boca: al cabo de un momento, viendo que la hebra de algodón temblaba, se dio cuenta de que a Ibrahim le quedaba aún un soplo de vida. Comenzó a examinar el cuerpo más de cerca y detenidamente, constatando que había recibido numerosas heridas extremadamente graves. Indeciso, se vio inmerso en sus pensamientos, reflexionando tan intensamente que sus ojos se cerraron como si se hubiera dormido. Mientras se hallaba en ese estado de trance, vio a dos pájaros que se posaban sobre el árbol en el que había apoyado el cuerpo de Ibrahim. Hay quien dice que se trataba de los cuerpos espirituales de dos Hombres de Dios; otros, afirman que eran genios: solo Dios sabe el secreto de todas las cosas. Lo que es seguro es lo que el primer pájaro le dijo al segundo:

– Mira, hermano: este hombre de ahí, se llama Yamâl El-Dîn, y ese otro, es al que han herido los francos combatiendo por la verdadera Fe de Dios.

– ¿Hay alguna esperanza de que sobreviva, hermano? –preguntó el otro.

– Sí, desde luego, si Dios quiere, podrá salvarse gracias a un objeto de gran poder que se encuentra en los muros de este convento. Si Yamâl El-Dîn se despierta y escucha mis palabras; se levantará y llegará hasta el lugar en donde se cruzan dos caminos, a la derecha de la iglesia que está al este; después, tendrá que contar siete pasos, cavará la tierra y descubrirá una losa de mármol cuadrada, provista de una argolla. Tendrá que levantar la losa y descender hasta un lugar en el que hallará el objeto que le permitirá curar al herido.

Los pájaros, después de mantener esta conversación, volaron del árbol. Shîha no había perdido ni una palabra de esa charla entre las aves y, aunque sin creérselo demasiado, se levantó, fue hasta el cruce, contó siete pasos, y se puso a cavar; al poco rato dejó al descubierto una losa; la levantó y se encontró con una escalera que descendía hacia las profundidades de la tierra. Shîha, encendió su lamparilla, y bajó hasta el final de los peldaños, en donde halló un viejo baúl de madera, sobre el que había una bolsita de cuero.

Cuando la abrió, en el interior encontró un rollo de pergamino en el que habían escrito el siguiente mensaje:

*“Oh, tú, que has llegado a este lugar; si tu nombre es Shîha Yamâl El-Dîn, y tu propósito es sanar a Ibrahim, el hijo de Hasan El-Horâni, has de saber que la cura no podrá llevarse a cabo si no es con este baúl”.*

El resto del pergamino relataba el origen del misterioso artificio, cuya historia es la siguiente:

“En tiempos remotos había un anciano rey, llamado Angobar; él fue quien construyó el puente que llevaba su nombre. Este rey tenía un visir, Shâmej, con una hija de nombre Mâriya. Angobar, asimismo, tenía un hijo llamado Sayrân, que se daba asiduamente a la bebida.

Un día en que Sayrân había partido a dar un paseo, el destino quiso que se encontrara con la hija del visir. Como iba muy borracho, les gritó a sus criados:

– ¡Traedme a esa maravilla!

Los sirvientes fueron a por ella en el acto; pero la joven también llevaba a sus propios sirvientes, que bloquearon el paso a los del príncipe, avisándoles de que se trataba de la hija del visir; pero el joven Sayrân los puso en fuga, y se fueron corriendo a avisar a su señor. Furioso, el visir saltó sobre su caballo y, escoltado por varios soldados, corrió a atacar al secuestrador. La batalla se desarrolló sobre el puente: el hijo del rey no tardó en caer, víctima de numerosas heridas. Sus servidores marcharon corriendo para anunciarle al rey la funesta noticia. Éste acudió corriendo, y, al encontrar a su hijo sin vida, lanzó a sus tropas contra las del visir, que pereció en la contienda; después, hizo que transportaran al príncipe Sayrân al palacio real.

Pero, hete aquí que ese rey tenía a su servicio a cuarenta médicos, de los magos venidos de Grecia, y, tras examinar cuidadosamente al joven príncipe, y viendo que aún le quedaba un soplo de vida, fabricaron un baúl, cuyas paredes internas eran de vidrio, endurecido con una pasta de propiedades medicinales; hicieron una tapa, en la que habían practicado una abertura para que el enfermo pudiera respirar. Además, inventaron una píldora; a la que dieron el nombre de “píldora de la vida”, destinada a alimentar al herido. Depositaron al hijo del rey en el baúl, y todos los días le deslizaban por la abertura del cofre una píldora, con la que no necesitaba comer ni beber, con el permiso de Dios; además, y gracias a los Nombres divinos inscritos en el interior del baúl, tampoco tenía necesidad de evacuar la vejiga ni los intestinos.

El príncipe permaneció encerrado en ese baúl durante cuatro meses, cuatro días, cuatro horas y cuatro minutos, tras los cuales, salió de allí sano y salvo. Su padre celebró su

curación con grandes festejos, y le casó con la hija del visir. Luego, pidió a un geomántico que consultara la arena para saber si ese baúl todavía podría ser de utilidad. El adivino arrojó un puñado de arena; observó los puntos y las líneas y emitió su oráculo:

– Un día, un hombre llamado Ibrahim caerá herido en este mismo puente, y será curado por Shîha Yamâl El-Dîn, gracias a los poderes de este baúl, pero solo, si Dios, el Omnisciente, así lo quiere.

Entonces, el rey decidió lo siguiente:

– Debemos guardar el baúl en un lugar seguro, junto con las pastillas que quedan y escribir en un pergamino el modo de empleo para que le puedan ser beneficiosas a esa criatura de Dios.

Redactaron el texto, que Shîha encontró en la bolsita de cuero, y depositaron todo en el lugar que acabamos de describir. Después... pasaron los días, y los años pasaron, hasta que Ibrahim fue herido y Shîha halló el escondite, y todo ello sucedió, conforme a lo prescrito por Dios.

El Maestro de las Argucias se hizo con una esponja y comenzó por limpiar las heridas de Ibrahim; luego, les aplicó jugo de vulneraria y las frotó con un bálsamo especial, destinado a facilitar la cicatrización. Después, le introdujo una pastilla en la boca: el herido emitió un gruñido, que dejaba augurar bien su curación. Por último, lo depositó en el baúl, cerró la tapa, y se quedó a su lado para prodigarle los cuidados necesarios.

Mientras tanto, Mangoberto, emergía con gran esfuerzo de su tremenda borrachera, y se dio cuenta de que los dos pretendidos cadáveres habían desaparecido sin dejar rastro. En ese momento, vio aparecer a Yauán.

– A ver ¿adónde están? –le preguntó el monje maldito.

– ¡Eh, que yo no sé nada, *abbone!* Francamente, no me acuerdo de gran cosa después de que comenzáramos a tomar el *bibar*...

Entonces, Yauán interrogó a los guardias.

– *Abbone* –le respondieron–, cuando llegó Mejleptor, abandonamos nuestros puestos para volver a nuestras casas...

En fin, que le explicaron todo el asunto del “paseo de los Apóstoles” y demás historias.

– ¡Otro golpe del hijo de Taalaba<sup>1</sup>! –dijo Yauán echando pestes– Él se los ha llevado. Da igual: tú, *babb*, prepárate para rechazar a los musulmanes, que yo voy a encargarme de reclutar más tropas.

---

<sup>1</sup> Es decir, Shîha; sobre los orígenes y los inicios de este personaje, inexplicablemente unidos a los de Yauán, ver *La Traición de los Emires*.

Yauán se fue sin esperar más, y, como de costumbre, seguido de su inseparable Bartacûsh. Dejémosles marchar, y volvamos ahora a Saad “Zancadas de Viento”, el hijo de Dibl El-Baysâni.



Próximo relato de “El juicio al monje maldito”:

X.19 – Infortunios de un fugitivo